



ENSEÑANZAS JERÁRQUICAS

COMPILACIÓN

Título XXXVI: ISLA SAGRADA (LA)





PRESENTACIÓN

COMENTARIOS DEL COMPILADOR

Nota aclaratoria: Los textos que se presentan a continuación se han mantenido sin corrección ortográfica ni gramatical para conservar el trabajo original del traductor.

Este trabajo de compilación que aquí se presenta se ha ido organizado a lo largo de varios años y se presentó en Febrero del año 2.013. Desde entonces, se ha procedido a incorporar nuevos textos que antes no constaban en la obra. En conjunto ha sido una tarea muy laboriosa, pero creo que a la vista del resultado bien merece la pena el esfuerzo realizado. La idea que siempre ha movido esta labor ha sido la utilidad que puede tener en los aspirantes y discípulos que, durante los próximos años, estén interesados en enseñanzas provenientes de la Jerarquía de Maestros.

Este trabajo está sobre todo estructurado alrededor de las enseñanzas de la Maestra H. P. Blavatsky y de los Maestros indios Ekkirala Krishnamacharya y K. Parvathi Kumar y otros, aunque esos otros son mucho más esporádicos y concretos.

Las enseñanzas son extracciones de los libros de los autores, haciendo siempre referencia al título del libro y/o el número o números de páginas. El trabajo se ha organizado a lo largo de 70 temas diferentes, en los que se han ido volcando todas las enseñanzas consideradas de valor y que se han encontrado en los libros de referencia.

En ocasiones, se ha preferido escribir sólo las iniciales o parte del título de la obra de referencia, por ejemplo se verá que la Doctrina Secreta se señala como D.S e Isis Sin Velo, simplemente como Isis. Así las enseñanzas y las citas de esa obra aparecen como D.S., seguidas del número del volumen y las páginas extractadas. Por ejemplo si vemos (D.S., V, 200-210), significará que la enseñanza fue tomada de la Doctrina Secreta, tomo V, desde la página 200 hasta la 210).

Existen varios textos extractados que se han repetido en dos o más temas, debido a que esas enseñanzas tienen que ver con esos mismos temas, por lo que los textos se han situado en todas aquellas temáticas que se han visto como de referencia para los escritos escogidos.

En muchos casos se verá también que hay numerosos textos de los que en parte se han resaltado en negrita, por tal de distinguirse del resto, ya que se ha encontrado que los mismos son de una más destacada significación.

Las partes extractadas lo han sido, naturalmente, en base al propio criterio del compilador, pero debido a que el estudiante tendrá la información necesaria sobre su fuente, o el libro y



página del cual se han recogido, siempre podrá acceder a buscar más información directamente en el libro en cuestión.

Se debe tener en cuenta también que todos los extractos de los libros de los Maestros K. Parvathi Kumar y Ekkirala Krishnamacharya, lo son de las primeras ediciones de Editorial Dhanishtha de Barcelona (España), salvo si se indica lo contrario. La Doctrina Secreta utilizada es la de la edición de 1.988 de Editorial Sirio, de Málaga (España) y en cuanto a Isis sin Velo se trata de la edición de 1.985 de Ediciones Teorema, de Barcelona (España).

También hay que tener en cuenta que, muchas veces, los vocablos y la construcción de las frases empleados tanto en Isis sin Velo como en la Doctrina Secreta, pueden distar mucho de los empleados hoy en día, pues hay que recordar que estas dos grandes obras de H.P. Blavatsky fueron escritas en el siglo XIX.

Sólo espero que esta compilación sea útil a todos los aspirantes, discípulos y buscadores de la verdad que deseen consultarlo. Este es y ha sido mi único propósito al realizar este trabajo que humildemente pongo a su disposición y a los venerables pies de “Aquellos” que nos instruyen y que con su ejemplo iluminan nuestro propio camino.

Gracias.

Sabadell (Barcelona) – España. Septiembre de 2.014.

Un estudiante.



Título XXXVI: ISLA SAGRADA (LA)

Isla sagrada.- Isla de igual belleza, situada en un vasto mar interior que, en época remota, se extendía en el Asia central. Estaba habitada por los últimos restos de la Raza que precedió a la nuestra. Tales restos eran los "Hijos de la Voluntad y del Yoga", que sobrevivieron al gran cataclismo que sumergió la Lemuria. De dicha isla, según se dice, no queda hoy día otra cosa que una especie de oasis rodeado de la horrible aridez del gran desierto de Gobi. (*Doctrina Secreta*, II, 230-231). -Véase: *Hijos de Dios*. (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Hijos de Dios.- Los Maestros o Instructores que, cuando empezaba a despertarse la conciencia en el hombre, guiaron a la Humanidad y le inculcaron las primeras nociones de todas las artes y las ciencias, así como el conocimiento espiritual, y echaron los cimientos de las antiguas civilizaciones. (*Doctr. Secr.*, I, 229). Con este mismo título se designaban igualmente los grandes Iniciados de la Isla Sagrada (antiguamente situada en el vasto mar interior que se extendía en el Asia central). -Véase: *Hijos de la Voluntad y del Yoga*. (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Hijos de la Voluntad y del Yoga.- Seres elevados (*Munis, Richis*) de anteriores *manvantaras* que se encarnaron para formar el semillero (Grano de la Santa Semilla) de los futuros Salvadores de la humanidad, de los futuros Adeptos humanos en esta tierra y durante el presente ciclo, viviendo enteramente aparte del resto de la humanidad. (*Doctrina Secreta*, I, 228). - Fueron creados (no engendrados) por los "Señores de Sabiduría" de un modo verdaderamente *inmaculado*, mediante el poder del *Kriyâzakti* (el divino y misterioso poder latente en la *voluntad* de todo hombre). Son los antecesores o antepasados *espirituales* de todos los subsiguientes y presentes *Arhats* o *Mahâtmâs*. En la *Doctrina Secreta* son designados con el nombre de primeros *Nâgas*. Más tarde se les llamó "Hijos de la Niebla de Fuego" (*Doctr. Secr.*, II, 333). Se les conoce igualmente con la denominación de "Hijos de Dios". (Glosario Teosófico de H.P.B.).



Hijos de Ad.- La filosofía esotérica denomina a los Hijos de Ad “Hijos de la niebla de Fuego”. Término empleado por ciertos adeptos. Fueron una producción consciente, puesto que una parte de la Raza estaba ya animada por la chispa divina de la inteligencia superior, espiritual. (*Doctr. Secr.*, I, 228). (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Océano de Sabiduría.- Nombre dado a cierto reino de la tierra, un mar interior. En épocas remotísimas había en él doce centros, en forma de pequeñas islas, que representaban los doce signos del Zodíaco -dos de los cuales permanecieron por espacio de siglos como "signos misteriosos"- y que constituían las moradas de los doce hierofantes y maestros de sabiduría. Dicho Océano siguió existiendo durante siglos en la región en que actualmente se extiende el Desierto de Gobi. (Véase: *Doctr. Secr.*, II, 528). (Glosario Teosófico de H.P.B.).

La Isla Sagrada e Imperecedera. La razón de este nombre es que, según se afirma, esta “Isla Sagrada e Imperecedera”, nunca ha participado de la suerte de los otros Continentes, por ser la única cuyo destino es durar desde el principio hasta el fin del Manvantara pasando por cada Ronda. Es la cuna del primer hombre y la morada del último mortal *divino*, escogido como un Shishta para la semilla futura de la Humanidad. Muy poco puede decirse de esta tierra misteriosa y sagrada, excepto, quizás, según una poética expresión de uno de los Comentarios, que la “*Estrella Polar fija en ella su vigilante mirada, desde la aurora hasta la terminación del crepúsculo de un Día del Gran Aliento*” (Llamado en la India “Día de Brahmâ”). (D.S. III, 9).

Zambhala (*S'ambhala* o *Shambhala*) (Sánscrito).- Una localidad muy misteriosa por razón de sus asociaciones *venideras*. Una ciudad o pueblo mencionado en los *Purânas*, de donde, según está profetizado, aparecerá el *Kalki Avatâra*. [Véase esta palabra]. El “Kalki” es Vichnú, *el Mesías montado en el Caballo Blanco* de los brahmines; Maitreya Buddha de los budistas, Sosíosh de los parsis, y Jesús de los cristianos. (Véase: *Apocalipsis*). Todos estos “mensajeros” han de aparecer “antes de la destrucción del mundo”, dicen los unos; antes del fin del *Kali Yuga*, dicen los otros. En Zambhala es donde nacerá el Mesías futuro. Algunos orientalistas hacen la moderna Murâdâbâd en Rohilkhand (N. W. P.) idéntica a Zambhala. Se pronuncia *Zambhala* (*Shambhala* en inglés). (Glosario Teosófico de H.P.B.).



Según tradición explicada en los anales del Gran Libro, mucho antes de los días de *Ad-am* y de su curiosa mujer *He-va*, allí donde hoy sólo se ven lagos salados y áridos desiertos, se dilataba por el Asia central un vasto mar interior hasta las estribaciones occidentales de la majestuosa cordillera de los Himalayas. En aquel mar había una isla de insuperable belleza, habitada por los últimos restos de la raza anterior a la nuestra, cuyos individuos podían vivir indistintamente en el agua, en el aire o en el fuego, porque ejercían ilimitado dominio sobre los elementos. Eran los “hijos de Dios”, pero no los que se prendaron de las “hijas de los hombres”, sino los verdaderos *Elohim*, aunque la *Kábala* oriental les de otro nombre. Ellos revelaron a los hombres los secretos de la Naturaleza y les comunicaron la palabra “inefable”, hoy día *perdida*. Esta palabra, que no es palabra, se difundió en otro tiempo por toda la redondez de la tierra, y todavía perdura como lejano y moribundo eco en el corazón de algunos hombres privilegiados. Los hierofantes de todos los colegios sacerdotales (había en la antigüedad muchos de estos colegios, de que hablan los autores de la época) conocían la existencia de esta isla, pero únicamente el *Java Aleim*, o presidente del colegio, conocía la palabra que, en el momento preciso de la muerte, comunicaba a su sucesor. (Isis II, 392-393).

La hermosa isla de la que hemos hablado no tenía comunicación marítima con el continente sino por medio de pasadizos submarinos, conocidos únicamente de los jefes. La tradición señala entre el número de colegios sacerdotales, las majestuosas ruinas de Ellora, Elephanta y las cuevas de Ajunta (en la cordillera de Chandor), que comunicaban con los pasadizos submarinos (Algunos arqueólogos, como Fergusson, niegan la antigüedad de los monumentos de la India. En su obra: *Ilustraciones de los templos indos abiertos en la roca*, se aventura a suponer este autor la singular opinión de que el Egipto había ya perdido su nacionalidad antes de que se excavase el primer cavernículo de la India. No admite Fergusson ninguno de estos templos con anterioridad al reinado de Asoka, como si pretendiera demostrar que datan de los tiempos de este piadoso monarca budista, hasta la extinción de la dinastía Andhra de Maghada, a principios del siglo V. Consideramos completamente arbitraria esta pretensión, según demostrarán ulteriores descubrimientos) ¿Quién puede decir si la desaparecida Atlántida (también mencionada en el *Libro Secreto*, aunque con el nombre sagrado), existía ya en aquella época?. ¿No fuera acaso posible que el continente atlante se hubiese dilatado por el sur de Asia, desde la India a la Tasmania? (Es singular coincidencia que algunas tribus americanas diesen al continente, en la época del descubrimiento, el nombre de *Atlanta*). Si algún día llega a comprobarse la existencia de la Atlántida, que unos autores ponen en duda y otros niegan resueltamente, considerando esta hipótesis como una extravagancia de Platón, tal vez se convenzan entonces los eruditos de que no fue fabuloso el



continente habitado por los “hijos de Dios”, y de que la cautela de Platón al aludir a la Atlántida con supuesta atribución del informe a Solón y los sacerdotes egipcios, tenía por objeto comunicar prudentemente esta verdad al mundo, de modo que, combinando la verdad con la ficción, no quebrantase el sigilo a que le obligaba la iniciación. Por otra parte, Platón no pudo inventar el nombre de Atlanta, porque en la etimología de este nombre no entra ningún elemento griego.

Pero, siguiendo nuestro relato, diremos que los hierofantes se clasificaban en dos categorías: los que instruidos directamente por los “hijos de Dios”, residentes en la referida isla, estaban iniciados en la divina doctrina de la pura revelación, y los que pertenecientes a distinta raza habitaban en la desaparecida Atlántida y poseían la facultad de clarividencia a cualquier distancia a pesar de los obstáculos materiales. Eran, en suma, la *cuarta raza* de hombres a que alude el *Popol Vuh*, y sin duda tenían congénitas cualidades mediumnísticas, como ahora se dice, que les permitían adquirir los conocimientos sin sacrificio alguno; mientras que los hierofantes de la primera categoría hollaban el sendero trazado por sus divinos instructores y adquirían gradualmente los conocimientos hasta distinguir entre el bien y el mal. Los adeptos nativos de la Atlántida obedecían ciegamente las insinuaciones del invisible *Dragón* o rey *Thevetat* (es muy probable que equivalga a la serpiente del Génesis), quien no había aprendido ciencia alguna, pero que, según dice Wilder, era una especie de Sócrates que *sabía* sin haber sido iniciado”. Así que, influida por las malignas insinuaciones de *Thevetat*, la raza atlante se convirtió en una nación de magos negros, por lo que se encendió una guerra, cuyo relato nos llevaría demasiado lejos (lo esencial de esta lucha aparece en las desfiguradas alegorías de la raza de los gigantes hijos de Caín, y en la de Noé y su virtuosa familia). El conflicto terminó con la sumersión de la Atlántida, que las tradiciones babilónica y mosaica simbolizaron en el diluvio. “Murió toda carne y todo hombre...”, “los gigantes y los magos...”; todos, excepto Xisthrus y Noé, equivalente típicamente al Padre de los *thlinkithianos* del *Popol Vuh*, quien, como Vaivasvata, el Noé indio, se salvó en un espacioso buque.

Si damos crédito a esta tradición, hemos de admitir también el posterior relato, según el cual, del enlace entre la progenie de los hierofantes de la isla y los descendientes del Noé atlante, nació una raza mixta de justos y de malvados. Por una parte, tiene el mundo a Enoch, Moisés y Buda, los salvadores y hierofantes insignes, y por otra parte, los *magos naturales*, que por no restringir su iluminación espiritual, y a causa de su debilidad física y mental, pervirtieron inadvertidamente sus dotes. Moisés no tiene una sola palabra de vituperio para los videntes y profetas educados en los colegios de sabiduría esotérica que menciona la Biblia, sino que guarda su enojo contra quienes, con intención o sin ella, degradaban los poderes recibidos de sus antecesores los atlantes, poniéndolos al servicio de espíritus malignos en perjuicio de la humanidad. Las



iras de Moisés se encendían contra el espíritu de *Ob*, pero no contra el de *Od*. (Isis II, 394-398).

La “leyenda” que se da en *Isis sin Velo* (Vol. I, págs., 589 y siguientes, Ed. Ing) en relación a una parte del globo, a la cual la Ciencia concede ahora que fue la cuna de la humanidad –aunque en verdad sólo fue una de las siete cunas- dice lo siguiente:

Dice la tradición, y los anales del Gran Libro (el Libro de Dzyan) explican, que mucho antes de los días de Ad-am y de su curiosa esposa He-va, en donde ahora sólo se encuentran lagos salados y desiertos estériles desolados, había un vasto mar interior que se extendía sobre el Asia Central, al norte de la altiva cordillera de los Himalayas, y de su prolongación occidental. En este mar había una isla, que, por su belleza sin par, no tenía rival en el mundo, y estaba habitada por los últimos restos de la Raza que precedió a la nuestra.

“Los últimos restos” significan los “Hijos de la Voluntad y del Yoga”, quienes, con unas cuantas tribus, sobrevivieron al gran cataclismo. Porque la Tercera Raza, que habitaba el gran continente Lemur, fue la que precedió a las verdaderas razas humanas, la Cuarta y la Quinta. Por tanto, se dijo en *Isis sin Velo* que:

Esta raza podía vivir con igual facilidad en el agua, en el aire y en el fuego, porque tenía dominio ilimitado sobre los elementos. Eran los “Hijos de Dios”; no los que vieron las hijas de los hombres, sino los verdaderos Elohim, aunque en la Kabbalah oriental tienen otro nombre. Ellos fueron los que comunicaron a los hombres los secretos más extraños de la Naturaleza, y les revelaron la “palabra” inefable, ahora *perdida*.

La “Isla” según se cree, existe hasta hoy día, como un oasis rodeado por las espantosas soledades del Desierto de Gobi, cuyas arenas “ningún pie ha hollado de humana memoria.

Esta palabra, que no es palabra, ha circulado una vez por todo el globo, y todavía languidece como un lejano y moribundo eco, en los corazones de algunos hombres privilegiados. Los hierofantes de todos los Colegios Sacerdotales conocían esta isla; pero la “palabra” solo era conocida del Java Aleim (Mahâ Chohan en otra lengua), o Señor principal de cada Colegio, y era transmitida a su sucesor sólo en el momento de la muerte. Había muchos de estos Colegios, y los autores clásicos antiguos hablan de ellos.

No había comunicación alguna por mar con la hermosa isla, pero pasajes subterráneos, solamente conocidos de los jefes, comunicaban con ella en todas direcciones (*Ibid*, II, pág. 590, ed. ing. Hay arqueólogos que, como Mr. James Fergusson, niegan toda gran antigüedad a los monumentos de la India sin excepción. En su obra *Illustrations of the Rock Cut Temples of India* llega a expresar la opinión, por todo extremo extraordinaria, de que “el Egipto había dejado de ser



una nación antes de que los primeros templos–grutas fuesen excavados en la India”. En una palabra, no admite la existencia de ningún templo–gruta anterior al reinado de Ashoka, y parece deseoso de probar que la mayoría de estos templos cortados en la roca fueron ejecutados durante un período que se extiende desde el tiempo de aquel piadoso rey budhista, hasta la destrucción de la dinastía Andhra de Magadha, al principio del siglo V. Creemos que semejante pretensión es perfectamente arbitraria. Descubrimientos sucesivos demostrarán que es errónea e injustificada).

La tradición asegura, y la Arqueología acepta la verdad de la leyenda, que actualmente hay más de una ciudad floreciente en la India, construida sobre otras varias ciudades, constituyendo así una ciudad subterránea de seis o siete pisos de altura. Delhi es una de ellas, Allahabad es otra; y hasta en Europa se encuentran ejemplos, verbigracia, Florencia, la cual está construida sobre varias ciudades, etruscas y otras, difuntas. ¿Por qué, pues, no han podido Ellora, Elefanta, Karli y Ajunta haber sido construidas sobre laberintos y pasajes subterráneos como se asegura? Por supuesto, no aludimos a las cavernas que todos los europeos conocen, ya sea *de visu* o de oídas, a pesar de su mucha antigüedad, aunque hasta esto es discutido por la arqueología moderna; sino al hecho conocido de los brahmanes iniciados de la India y especialmente de los Yogis, de que no hay un templo-gruta en el país que no tenga pasajes subterráneos corriendo en todas direcciones, y que estas cavernas y corredores innumerables subterráneos, tienen a su vez *sus* subterráneos y corredores.

¿Quién puede asegurar que la perdida Atlántida –mencionada también en el *Libro Secreto*, pero igualmente bajo otro nombre, peculiar al lenguaje sagrado- no existía también en aquellos días?.

(seguíamos preguntando). Existía *efectivamente* con toda seguridad, pues se estaba aproximando con toda seguridad, pues se estaba aproximando a sus días de mayor gloria y civilización, cuando el último de los continentes Lemures se hundió.

El Gran Continente perdido puede quizás haber estado situado al sur de Asia, extendiéndose desde la India a la Tasmania (América, cuando se descubrió, era llamada *Atlanta* por algunas tribus indígenas). Si la hipótesis –ahora tan puesta en duda, y positivamente negada por algunos sabios autores, que la consideran como una broma de Platón- se llega alguna vez a comprobar, entonces quizás los hombres de ciencia creerán que la descripción del continente habitado por Dios no era del todo una pura fábula (Desde entonces ha aparecido la *Atlantis* de Donnelly, y pronto se convertirá en un hecho científico su existencia real). Y entonces puede que perciban que las indicaciones veladas de Platón, y el atribuir él la narración a Solón y a los sacerdotes egipcios, no fue más que un modo prudente de comunicar el hecho al mundo, al mismo tiempo que, combinando hábilmente la verdad y la ficción, se descartaba de toda relación directa con un relato cuya divulgación les estaba prohibida, por las obligaciones que la Iniciación le imponía.



Continuando la tradición, tenemos que añadir que la clase de hierofantes estaba dividida en dos categorías distintas (Y así está dividida hasta hoy día, y los teósofos y ocultistas que han aprendido a su costa a conocer algo del poder oculto, pero innegable, del Dugpaísmo, saben esto demasiado bien): los que eran instruidos por los “Hijos de Dios” de la isla, e iniciados en la divina doctrina de la revelación pura; y otros, que habitaron la perdida Atlántida – si tan ha de ser su nombre; y que siendo de otra raza (producida *sexualmente*, pero de padres *divinos*) nacieron con una vista que penetraba todas las cosas ocultas, y que era independiente, tanto de la distancia como de los obstáculos materiales. En resumen, fueron la cuarta Raza de hombres mencionada en el *Popol Vuh*, cuya vista era ilimitada y que conocían todas las cosas a la vez.

En otras palabras, fueron los Lemuro-Atlantes, los primeros que tuvieron una dinastía de reyes-Espíritus, no de Manes, o “Fantasmas”, como algunos creen, sino de Devas reales vivientes, o Semidioses y Ángeles, que habían asumido cuerpos para gobernar a esta Raza, a la cual instruyeron en artes y ciencias. Sólo que, como estos Dhyânîs eran Rûpas o Espíritus materiales, no fueron siempre buenos. Su rey Thevetat fue uno de estos últimos, y bajo la maléfica influencia de este Rey-Demonio, la Raza Atlante se convirtió en una nación de “magos” perversos.

A consecuencia de esto fue declarada la guerra, cuyo relato sería muy largo de narrar; su substancia puede encontrarse en las alegorías desfiguradas de la raza de Caín, los gigantes, y la de Noé y su justa familia. El conflicto concluyó con la sumersión de la Atlántida, que tiene su imitación en las fábulas del diluvio babilónico y mosaico. Los gigantes y los magos “y toda carne pereció. . . y todos los hombres”. Todos excepto Xisuthro y Noé, que son substancialmente idénticos al gran Padre de los Tlinkitanos, quienes dicen se escaparon también en una gran barca como el Noé indo, Vaivasvata.

Si hemos de creer la tradición, tenemos que dar crédito también a la otra historia de que al casarse entre sí la progenie de los hierofantes de la isla y los descendientes del Noé atlante, resultó una raza mezclada de hombres buenos y perversos. De una parte tuvo el mundo sus Enochs, Moisés, varios Buddhas, numerosos “Salvadores” y grandes hierofantes; y de otra sus “nigromantes *natos*”, que, por falta del poder restringente de la debida luz espiritual. . . pervirtieron sus dones, dedicándolos a fines maléficos. (D.S. III, 365-369).

Cuando se dice que los Dioses abandonan la Tierra, significa no sólo los Dioses, los protectores e Instructores, sino también los Dioses *menores*: los regentes de los Signos del Zodíaco. Los primeros, como Entidades reales existentes, que dieron nacimiento, criaron e instruyeron a la humanidad en su temprana edad, aparecen en todas las escrituras, tanto en la de Zoroastro, como en los Evangelios indos. Ormuzd o Ahura Mazda, el “Señor de la Sabiduría”, es la síntesis de los Amshaspands, o Amesha Spentas, los



“Bienhechores Inmortales”, el “Verbo” o el Logos, y sus seis aspectos más elevados en el Mazdeísmo. Estos “Bienhechores Inmortales” son descritos en el *Zamyad Yasht* como: Los Amesha Spentas, los resplandecientes, de ojos eficaces, los grandes, los serviciales. . . los imperecederos y puros. . . los cuales son todos siete de una misma mente, de una misma palabra, obrando todos siete del mismo modo. . . y que son los *creadores y destructores de las criaturas* de Ahura Mazda, sus creadores y vigilantes, sus protectores y regentes.

Estas cuantas líneas bastan para indicar el carácter doble y hasta triple de los Amshaspands, nuestros Dhyân Chohans o las “Serpientes de la Sabiduría”. Son ellos idénticos a Ormuzd (Ahura Mazda), y sin embargo aparte de él. Son también los Ángeles de las Estrellas de los cristianos –los Estrella-Yazatas de los zoroastrianos- y también los Siete Planetas (incluyendo el Sol) de todas las religiones (estos “siete” se convirtieron en los ocho, la Ogdoada de las últimas religiones *matgerializadas*, no siendo ya el séptimo “principio” o el más elevado el Espíritu penetrante, la Síntesis, sino convirtiéndose en un número antropomórfico, o unidad adicional). El epíteto “los resplandecientes, de ojos eficaces”, lo prueba. Esto es en los planos sideral y físico. En el espiritual, son los Poderes divinos de Ahura Mazda; pero en el plano astral o psíquico, son los “Constructores”, los “Vigilantes”, los Pitris o Padres, y los primeros Preceptores de la humanidad.

Cuando los mortales se hayan espiritualizado lo suficiente, ya no habrá necesidad de *forzar* en ellos una comprensión exacta de la antigua Sabiduría. Los hombres *sabrán* que jamás ha habido todavía un gran reformador del Mundo, cuyo nombre haya pasado a nuestra generación, que: a) no haya sido una emanación directa del Logos (cualquiera que sea el nombre por el que le conozcamos), esto es, una encarnación *esencial* de uno de los “Siete”, del Espíritu Divino que es séptuple”; y b), que no haya aparecido antes, en Ciclos anteriores. Ellos reconocerán, entonces, la causa que produce ciertos enigmas de las edades, tanto en la historia como en la cronología; la razón, por ejemplo, del por qué es imposible *para ellos* asignar una época verdadera a Zoroastro, que se ve multiplicado por doce y por catorce en el *Dabistan*; del por qué los números y las individualidades de los Rishis y Manus, están tan mezcladas; del por qué Krishna y Buddha hablan de sí mismos como de reencarnaciones, identificándose Krishna con el Rishi Nârâyana, y exponiendo Gautama una serie de nacimientos anteriores; y del por qué al primero especialmente, siendo “el *supremo* Brahmâ *mismo*”, se le llama, sin embargo, Anshânshâvatâra –“una parte de una parte” solamente del Supremo en la Tierra; finalmente, por qué Osiris es un Gran Dios y al mismo tiempo un “Príncipe en la Tierra”, que reaparece en la Thoth Hermes; y por qué a Jesús (en hebreo), Joshua) de Nazareth, se le reconoce kabalísticamente en Joshua, el hijo de Nun, así como en otros personajes. **La Doctrina Esotérica explica todo esto**



diciendo que cada uno de estos, así como muchos otros, aparecieron primeramente en la Tierra como uno de los Siete Poderes del Logos, individualizado como un Dios o Angel (Mensajero); luego, mezclados con la Materia, reaparecieron por turno como grandes Sabios e Instructores que “enseñaron” a la Quinta Raza, después de haber instruido a las dos Razas precedentes; gobernaron durante las Dinastías Divinas, y finalmente se sacrificaron para renacer en varias circunstancias en bien de la humanidad, y por su salvación en ciertos períodos críticos; hasta que en sus últimas reencarnaciones, se convirtieron verdaderamente en solo “partes de una parte” sobre la Tierra, aunque *de facto* sean el Uno Supremo en la Naturaleza.

Esta es la metafísica de la Teogonía. Cada “Poder” de los Siete, una vez individualizado, tiene a su cargo uno de los elementos de la creación y la gobierna (estos elementos son: el cósmico, el terrestre, el mineral, el vegetal, el animal, el acuoso, y finalmente el humano —en sus aspectos físico, psíquico y espiritual); de aquí los muchos significados de cada símbolo. Esto a menos de ser interpretados con arreglo a los métodos esotéricos, ocasionan confusiones sin cuento. (D.S. III, 595-598).

. . . Luego vienen los Nâgas (Los orientalistas describen a los Nâgas como un pueblo misterioso, cuyas huellas se encuentran en abundancia en la India hasta hoy día, y que vivían en Nâga-dvîpa, uno de los *siete* continentes o divisiones de Bhâratavarsha (la India antigua); siendo la ciudad de Nagpur una de las más antiguas del país), los Sarpas, Serpientes o Serafines. Éstos también muestran su carácter por el sentido secreto de su emblema. En mitología son seres *semidivinos* con cara humana y cola de dragón. Por tanto, es innegable que ellos son los Seraphim judíos (compárese Serapis, Sarpa y Serpiente); siendo el singular, Saraph, “ardiente, ígneo”. (Véase *Isaías*, VI, 2, 3.) La angeología cristiana y judía hace una distinción entre los Seraphim y los Querubines o Querubes, que vienen en segundo lugar. Esotérica y kabalísticamente son idénticos; pues los *Querubines* son simplemente el nombre de las imágenes o semejanzas de cualquiera de las divisiones de las Huestes celestiales. **Ahora bien; según se ha dicho ya, Dragones y Nâgas son los nombres que se daban a los Iniciados ermitaños, a causa de su gran Sabiduría y Espiritualidad, y por vivir en subterráneos.** Así, cuando Ezequiel (XXVIII, 3, 4.) aplica el adjetivo de Querub al rey de Tiro, y le dice que por su *sabiduría y entendimiento* no hay *secreto* que se le pueda ocultar, muestra al Ocultista que es un “Profeta”, quizás aun partidario del culto *exotérico*, que truena contra el *Iniciado* de otra escuela, y no contra un Lucifer imaginario, un Querubín caído de las estrellas, y después del Jardín del Edén. De modo que la llamada



“Guerra” es también, en uno de sus muchos significados, un anal alegórico de la lucha entre las dos clases de Adeptos: los del sendero de la Derecha y los del de la Izquierda. Había tres clases de Rishis en la India que fueron los primeros Adeptos conocidos; los de estirpe real o Râjarshis, reyes y príncipes que adoptaban la vida ascética; los Divinos o Devarishis, o hijos de Dharma o Yoga; y los Brahmarshis, descendientes de aquellos Rishis que fueron los fundadores de los Gotras de los brahmanes, o razas de casta. Ahora bien; dejando por un momento las claves mítica y astronómica, las enseñanzas secretas muestran a muchos Atlantes que pertenecieron a estas divisiones; y hubo luchas y guerras entre ellos, *de facto* y *de jure*. Nârada, uno de los más grandes Rishis, fue un Devarishi; y se le muestra en constante y eterna contienda con Brahmâ, Daksha y otros Dioses y Sabios. Por tanto, podemos afirmar sin temor que, cualquiera que sea el significado *astronómico* de esta leyenda universalmente admitida, su aspecto humano está basado en sucesos reales históricos, desfigurados y convertidos en dogma teológico, sólo para servir a fines eclesiásticos. Lo mismo que es arriba, es abajo. Los fenómenos siderales y la conducta de los cuerpos celestes en los Cielos fueron tomados como modelo, y el plan fue ejecutado abajo, sobre la Tierra. Por esto el Espacio, en su sentido abstracto, fue llamado el “reino del conocimiento Divino”; y por los caldeos o Iniciados *Ab Soo*, la morada (o el padre, esto es, la fuente) del conocimiento, porque en el Espacio es donde moran los Poderes inteligentes que de un modo *invisible* gobiernan el Universo (No menos sugestivas son las cualidades atribuidas a Rudra Shiva, el gran Yogi, el antepasado de todos los Adeptos, y en Esoterismo uno de los más grandes Reyes de las Dinastías Divinas. Llamado el “primero” y el “último”, él es el patrón de la Tercera, Cuarta y Quinta Raza–Raíces. Pues, en su carácter más primitivo, es el asceta Dig–ambara, “revestido de los elementos”; Tri–lochana, “el de tres ojos”; Pañchânana, el de “cinco caras”, alusión a las Cuatro Razas pasadas y a la Quinta actual; pues aunque tiene cinco caras, sólo posee “cuatro brazos”, toda vez que la Quinta Raza vive aún. Es el “Dios del Tiempo”, Saturno–Cronos, como lo muestra su “tambor” Damaru en forma de reloj de arena; y cuando se le acusa de haber cortado la quinta cabeza de Brahmâ, dejándole sólo cuatro, es también una alusión a cierto grado de Iniciación y también a las Razas).

Del mismo modo, y **sobre el plano del Zodíaco en el océano superior o los Cielos, cierto reino de la Tierra, un mar interior, fue consagrado y denominado el “Abismo de la Sabiduría”; en éste, doce centros en forma de doce islas pequeñas, representando los Signos del Zodíaco (dos de los cuales permanecieron durante edades siendo los “Signos del misterio”), eran las mansiones de doce Hierofantes y Maestros de la Sabiduría. Este “Mar de Sabiduría” o conocimiento, permaneció durante edades, donde ahora se extiende el Desierto de Shamo o Gobi. Existió hasta el último gran período glacial, en que un cataclismo local, que desplazó las aguas hacia el Sur y hacia el Oeste, formó al gran desierto, hoy desolado, quedando tan sólo un cierto oasis, con un lago y una isla en medio de él, como reliquia del**



Anillo Zodiacal en la Tierra. Durante edades el Abismo del Agua –que para las naciones que precedieron a los babilonios posteriores, era la mansión de la “Gran Madre”, el post-tipo terrestre de la “Gran Madre Caos” en el Cielo, el padre de Ea (la Sabiduría), el cual fue a su vez prototipo primitivo de Oannes, el Hombre-Pez de los babilonios- durante edades, pues, el “Abismo” o Caos fue la mansión de la Sabiduría y no del Mal. La lucha de Bel y luego de merodach, el Dios Sol, con Tiamat, el Mar y su Dragón –Guerra que terminó con la derrota de este último- tiene un sentido puramente cósmico y geológico, así como también histórico. Es una página arrancada a la historia de las Ciencias Secretas y Sagradas, su evolución, desarrollo y *muerte – para las multitudes profanas*. Se relaciona a) con desecación sistemática y gradual de inmensos territorios por el Sol ardiente, en cierto período pre-histórico, uno de los terribles agotamientos que terminaron con la transformación gradual de tierras, en un tiempo fértiles y con agua abundante, en los arenosos desiertos que hoy existen; y b) con la igualmente sistemática persecución de los profetas del Sendero de la Derecha por los de la Izquierda. Estos últimos, habiendo inaugurado el nacimiento y la evolución de las castas sacerdotales, han conducido finalmente al mundo a todas esas religiones exotéricas, inventadas para satisfacer el gusto depravado de los “hoi-polloi” y los ignorantes, por la pompa ritualista y la materialización del Principio Incognoscible siempre inmaterial.

Esto fue una cierta mejora sobre la brujería Atlante, cuyo recuerdo permanece en la materia de toda la parte literaria y que lee sánscrito en la India, así como en las leyendas populares. Sin embargo, fue una parodia y una profanación de los Misterios Sagrados y de su Ciencia. El rápido progreso del antropomorfismo y de la idolatría, condujo a la Quinta raza primitiva, como condujo a la Cuarta, otra vez a la brujería, aunque en menor escala. Finalmente, hasta los cuatro “Adanes” (que simbolizaban, bajo otros nombres, las cuatro Razas precedentes) fueron olvidados, y pasando de una generación a otra, cargada cada una con algunos mitos adicionales, fueron últimamente ahogados en este océano del simbolismo popular llamado los Panteones. Sin embargo, existen aún hoy en las tradiciones judías más antiguas: el primero, el Tzelem, el “Adán Sombra”, los Chhâyâs de nuestra doctrina; el segundo el Adán “Modelo”, copia del primero, y “macho y hembra” del Génesis exotérico; el tercero el “Adán terrestre”, antes de la Caída, andrógino; y el cuarto, el Adán después de su “*caída*”, esto es, separado en sexos, o el Atlante puro. El Adán del jardín del Edén, o el antepasado de nuestra Raza (la quinta), es un compuesto ingenioso de los cuatro anteriores. Según se declara en el *Zohar*, Adán, el primer Hombre, no se encuentra ahora en la Tierra, “no se encuentra en todo lo de Abajo”. ¿Pues de dónde viene la Tierra inferior?



“De la *Cadena de la Tierra, y del Cielo Arriba*”, esto es, de los Globos superiores, los que preceden a nuestra Tierra y están sobre ella.

Y de ella [la Cadena] salieron seres diferentes unos de otros. Algunos con vestidos (pieles) [sólidos], algunos en cascarones (*Q’lippoth*)... algunos en cáscaras rojas, algunos en negras, algunos en blancas y algunos de todos colores (*Zohar*, III, 9b, 10a, Ed. Brody. Ed. Cremona, III, fol. 4a, col. 14. *Qabbalah* de Myer, págs. 416, 417).

Lo mismo que en la Cosmogonía Caldea de Beroso y que en las Estancias que se acaban de exponer, algunos tratados de la *Kabalah* hablan de criaturas de dos caras, de algunas con cuatro, y de otras con una; pues “el Adán más elevado no descendió en todos los países, ni produjo progenie, ni tuvo muchas esposas”, pero esto es un misterio.

También es un misterio el Dragón. Con verdad dice Rabbi Simeón Ben Jochaï, que el comprender el significado del Dragón no es para los “compañeros” (estudiantes, o chelas), sino solamente para “los niños”, esto es, los perfectos Iniciados (Tal es el nombre que se daba en la antigua Judea a los Iniciados, llamados también los “Inocentes” y los “Infantes”, esto es, los “nacidos de nuevo”. Esta *clave* abre un horizonte en uno de los misterios del *Nuevo Testamento*; la degollación por Herodes de los 40. 000 “Inocentes”. Existe una leyenda sobre esto, y el suceso, que tuvo lugar casi un siglo antes de Cristo, muestra el origen de la tradición, mezclada al mismo tiempo con la de Krishna. En el caso del *Nuevo Testamento*, Herodes representa a Alejandro Jannæus (de Lida), cuya persecución y asesinato de cientos y miles de Iniciados condujo a la adopción de la historia de la *Biblia*).

La obra del principio la comprenden los compañeros; pero sólo los pequeñuelos comprenden la parábola de la obra en el Principium por el *Misterio de la Serpiente del Gran Mar* (*Zohar*, II, 34).

Y aquellos cristianos que lleguen a leer esto comprenderán también, a la luz de la sentencia anterior, quién fue su “Cristo”. Pues Jesús declara repetidamente que aquel “que no reciba el Reino de Dios como un *niño pequeño* no entrará en él”; y si bien algunos de sus dichos se aplican a los niños sin metáfora, la mayor parte de las referencias a los “pequeñuelos”, en los Evangelios, se refieren a los Iniciados, *de los cuales Jesús era uno*. Pablo (Saúl) es llamado en el *Talmud*, el “pequeño”. (D.S. IV, 91-96).

El Libro de Dzyan (Derivado de la palabra sánscrita *dhyân*, que significa *meditación mística*) es el primer volumen de los Comentarios a los siete volúmenes secretos de Kiu-te, y un glosario de las obras exotéricas del mismo título. En poder de los lamas gelugpas del Tibet, en la biblioteca de cualquier monasterio, hay treinta y cinco volúmenes de Kiu-te para uso de los



profanos; y también catorce libros de comentarios y anotaciones sobre lo mismo, por los instructores iniciados. En rigor, aquellos treinta y cinco libros debieran titularse *Versión Popular* de la Doctrina Secreta, pues están llenos de mitos, velos y errores. Por otra parte, los catorce tomos de *Comentarios* con sus citas, anotaciones y un extenso glosario de términos ocultos, todo ello desarrollos de la pequeña obra esotérica titulada: *Libro de la Sabiduría Secreta de Mun* (La Doctrina Secreta es un extracto de todas estas obras. El texto principal apenas daría materia para un folleto; pero las explicaciones y notas de los comentarios y glosarios daría materia para diez volúmenes del tamaño de *Isis sin Velo*), constituye un verdadero digesto de todas las ciencias ocultas. Estos *Comentarios*, al parecer, los reserva secretos y aparte a su cuidado, el *Teshu Lama de Chigatsé*. Los libros de Kiu-te son relativamente modernos, pues se publicaron en el último milenio; mientras que los primeros volúmenes de los *Comentarios* son antiquísimos, y se conservan de ellos algunos fragmentos de los cilindros originales. Aparte de que los *Comentarios* explican y rectifican algunos de los, en apariencia, más fabulosos relatos de los Libros de Kiu-te (El monje italiano Della Penna se mofa en sus *Memorias* (véase la obra *Tibet*, por Narkham) de ciertas afirmaciones contenidas en los libros de Kiu-te, y al efecto cita “la gran montaña de 160.000 leguas de altura” (una legua tibetana tiene cinco millas) en la cordillera de los Himalayas. Y dice el monje: “Según sus creencias, en el occidente del mundo hay un paraíso en donde mora un santo llamado Hopahma, que significa “santo de esplendor e infinita luz”. Este santo tiene varios discípulos, todos los cuales con *chang-chub*, esto es “espíritus que por su perfección no necesitan santidad y educan e instruyen a los lamas renacidos ayudándoles a vivir”. De esto se infiere que los que Della Penna llama *chang-chub*, y cuyo verdadero nombre es *yang-chhub* (presumiblemente considerados “muertos”) son ni más ni menos que bodhisattvas vivientes, conocidos algunos por “los Hermanos” (Bhante). Respecto a la montaña de 160.000 leguas de altura, el *Comentario* que da la clave explica que, según la clave empleada por los autores del texto, “al occidente de la Montaña Nevada, a la distancia de 160 leguas (las cifras son un velo) contadas en derechura de cierto punto, está el Bhante Yul (el país o residencia de los hermanos), residencia del Mahâ Chohan...” Este es el verdadero significado. El “Hopahma” a quien se refiere el monje Della Penna, es el Mahâ Choan, el jefe), poco tiene que ver con éstos. La relación entre ellos es análoga a la que hay entre la *Kabalah* caldeo-judaica y los libros de Moisés. En la obra titulada *Avatumsaka Sûtra*, en la sección que lleva por epígrafe: “El Supremo Atman manifestado en el carácter de los arhates y pratyeka Budas”, se dice que:

A causa de que desde un principio todas las criaturas sencientes han confundido la verdad y abrazaron el error, vino a la existencia para su bien un oculto conocimiento llamado alaya vijñâna.

En dicho libro se pregunta: “¿Quién está en posesión del verdadero conocimiento?” Y la respuesta es: “Los grandes maestros de la montaña Nevada”.



Se sabe que estos “grandes maestros” viven en la “nevada cordillera” himaláyica desde hace edades sin cuento. Negar que allí moran sus grandes Gurús parecería ridículo a los ojos de millones de indos, que creen que estos Gurus viven en los *ashramas* diseminados en ambas vertientes del Himalaya. Vuando Buda predicó en la India sus *ashrânas* (pues es raro que estos grandes hombres se encuentren en Lamaserías, excepto durante cortas visitas), estaban en los puntos que ocupan ahora; y esto ocurría aún así antes de que los mismos brahmanes viniesen del Asia Central para establecerse en el Indus. Y anteriormente, más de un dvija ario de histórico renombre y fama, aprendió de ellos lo que culminó más tarde en las principales escuelas filosóficas. La mayor parte de estos maestros eran ascetas y brahmanes arios.

Ningún estudiante, a menos que esté muy adelantado, obtendrá provecho de la lectura de las obras exotéricas (En algunos manuscritos originales del sacerdote Thango-pa Chhe-go-mo se lee: “Los pocos misioneros católicos que visitaron nuestro país durante el siglo pasado (con nuestra protesta), y que pagaron nuestra hospitalidad poniendo en ridículo nuestra sagrada literatura, han demostrado tener muy poca discreción y todavía menos cultura. Verdad es que el canon sagrado de los tibetanos, el *Kahgyur* y *Bstanhjyur*, comprende 1.707 obras distintas, de las cuales 1.083 son públicas y 624 secretas. Las primeras están contenidas en 350 volúmenes en folio, y las segundas en 77 ¿Podrían decirnos los buenos misioneros, sin embargo, cuando tuvieron el más leve vislumbre de los libros secretos? Y aun cuando por casualidad hubieran visto alguno, sepan los clérigos occidentales que ni siquiera un tibetano de nacimiento es capaz de comprender estos conocimientos sin dos claves: una para los caracteres y otra para su significado oculto. En nuestro sistema, todas las descripciones de localidades son alegóricas, y los nombres y palabras están intencionadamente encubiertos. Por lo tanto, es preciso estudiar primero la manera de descifrar, y aprender después la equivalencia de los símbolos y términos secretos con las palabras del lenguaje religioso. La escritura hierática de los egipcios es un juego de niños en comparación de los enigmas de nuestros sacerdotes”), pues necesitan la clave del significado, que sólo pueden proporcionar los *Comentarios*. Además, hay algunas obras relativamente modernas que son positivamente perjudiciales en lo referente a la comprensión correcta, aun de lo concerniente al budismo exotérico. Tales son el *Cosmos Budista*, del bonzo Jinch'on, de Pekín; el *Shing Tau-ki* (*Memorias de la iluminación de Tathâgata*, escrito el siglo VII), de Wang Puk; el *Hisai Sûtra* (*Libro de la Creación*), y algunos otros. (D.S. VI, 65-68).

... la lógica y racional virtualidad de esta prueba (la remota antigüedad del Código de Manú) nos mueve a afirmar que si Roma recibió la civilización de Grecia, y Grecia de Egipto, el Egipto a su vez, en los ignotos tiempos de Menes, recibió de la India pre-védica leyes, instituciones, artes y ciencias; y, por consiguiente, en la antigua iniciadora de los sacerdotes y adeptos de todos los demás países, hemos de buscar la clave de los misterios de la humanidad. Pero no nos referimos a la



India contemporánea, sino a la India arcaica (en aquellos remotísimos tiempos se comprendían bajo la denominación de India, además del actual territorio Índico, la Persia iránica, el Tibet, la Mongolia y Gran Tartaria. Dividíase entonces la India en superior, inferior, occidental y Pérsia iránica), la reconocida cuna del género humano, sobre la cual vamos a referir una curiosa leyenda.

Según tradición explicada en los anales del Gran Libro, mucho antes de los días de *Ad-am* y de su curiosa mujer *He-va*, allí donde hoy sólo se ven lagos salados y áridos desiertos, se dilatava por el Asia central un vasto mar interior hasta las estribaciones occidentales de la majestuosa cordillera de los Himalayas. En aquel mar había una isla de insuperable belleza, habitada por los últimos restos de la raza anterior a la nuestra, cuyos individuos podían vivir indistintamente en el agua, en el aire o en el fuego, porque ejercían ilimitado dominio sobre los elementos. Eran los “hijos de Dios”, pero no los que se prendaron de las “hijas de los hombres”, sino los verdaderos *Elohim*, aunque la *Kábala* oriental les de otro nombre. Ellos revelaron a los hombres los secretos de la Naturaleza y les comunicaron la palabra “inefable”, hoy día *perdida*. Esta palabra, que no es palabra, se difundió en otro tiempo por toda la redondez de la tierra, y todavía perdura como lejano y moribundo eco en el corazón de algunos hombres privilegiados. Los hierofantes de todos los colegios sacerdotales (había en la antigüedad muchos de estos colegios, de que hablan los autores de la época) conocían la existencia de esta isla, pero únicamente el *Java Aleim*, o presidente del colegio, conocía la palabra que, en el momento preciso de la muerte, comunicaba a su sucesor. (Isis II, 392-393).

... la lógica y racional virtualidad de esta prueba (la remota antigüedad del Código de Manú) nos mueve a afirmar que si Roma recibió la civilización de Grecia, y Grecia de Egipto, el Egipto a su vez, en los ignotos tiempos de Menes, recibió de la India pre-védica leyes, instituciones, artes y ciencias; y, por consiguiente, en la antigua iniciadora de los sacerdotes y adeptos de todos los demás países, hemos de buscar la clave de los misterios de la humanidad. Pero no nos referimos a la India contemporánea, sino a la India arcaica (en aquellos remotísimos tiempos se comprendían bajo la denominación de India, además del actual territorio Índico, la Persia iránica, el Tibet, la Mongolia y Gran Tartaria. Dividíase entonces la India en superior, inferior, occidental y Pérsia iránica), la reconocida cuna del género humano, sobre la cual vamos a referir una curiosa leyenda.

Según tradición explicada en los anales del Gran Libro, mucho antes de los días de *Ad-am* y de su curiosa mujer *He-va*, allí donde hoy sólo se ven lagos salados y áridos desiertos, se dilatava por el Asia central un vasto mar



interior hasta las estribaciones occidentales de la majestuosa cordillera de los Himalayas. En aquel mar había una isla de insuperable belleza, habitada por los últimos restos de la raza anterior a la nuestra, cuyos individuos podían vivir indistintamente en el agua, en el aire o en el fuego, porque ejercían ilimitado dominio sobre los elementos. Eran los “hijos de Dios”, pero no los que se prendaron de las “hijas de los hombres”, sino los verdaderos *Elohim*, aunque la *Kábala* oriental les de otro nombre. Ellos revelaron a los hombres los secretos de la Naturaleza y les comunicaron la palabra “inefable”, hoy día *perdida*. Esta palabra, que no es palabra, se difundió en otro tiempo por toda la redondez de la tierra, y todavía perdura como lejano y moribundo eco en el corazón de algunos hombres privilegiados. Los hierofantes de todos los colegios sacerdotales (había en la antigüedad muchos de estos colegios, de que hablan los autores de la época) conocían la existencia de esta isla, pero únicamente el *Java Aleim*, o presidente del colegio, conocía la palabra que, en el momento preciso de la muerte, comunicaba a su sucesor. (Isis II, 392-393).

Los tesoros descubiertos en las excavaciones de Micenas por Schlieman despertaron la codicia de los aventureros, que desde entonces ponen la mira en las ruinas donde sospechan ha de haber criptas o cuevas subterráneas con escondidos tesoros. **No hay paraje alguno, ni siquiera en el Perú, del que se refieran tantas tradiciones como del desierto de Gobi, en la Tartaria independiente.** Esta desolada extensión de movediza arena fue, si la voz popular no miente, uno de los más poderosos imperios del mundo. Se dice que el subsuelo esconde oro, joyas, estatuas, armas, utensilios y cuanto supone civilización, lujo y arte en cantidad y calidad superior a lo que pueda hoy hallarse en cualquier capital de la cristiandad. Las arenas del desierto de Gobi se mueven regularmente de Este a Oeste, impelidas por el huracanado viento que de continuo sopla. De cuando en cuando, dejan las arenas al descubierto parte de los tesoros ocultos, pero ningún indígena se atreve a echarles mano porque le herirían de muerte los *bahti*, espantosos gnomos a cuya fidelidad está confiada la custodia de aquellas riquezas, en espera de que la sucesión de los períodos cíclicos permita revelar la existencia de aquel pueblo prehistórico para enseñanza de la humanidad.

Según la tradición local, en las cercanías del lago Tabasun Nor está todavía la tumba del khan Ghengiz, donde el Alejandro mogol duerme para despertar dentro de tres siglos y conducir a su pueblo a nuevas victorias y más verdes laureles.



El desierto de Gobi, así como la Tartaria independiente y el Tibet, están celosamente guardados contra la intrusión de los extranjeros. Quienes obtienen licencia para atravesar dichos territorios, quedan sujetos a la vigilancia de los agentes de la suprema autoridad del país, con la restricción de no divulgar nada de lo referente de lugares y personas.

Marco Polo, el audaz viajero del siglo XIII, dice que “las gentes de Pashai (Udyana) están muy versadas en brujerías y diabólicas artes”. Pero los tiempos antiguos son exactamente como los modernos en lo tocante al ejercicio de la magia, sin más diferencia que la reserva de los adeptos y el secreto de las prácticas aumenta en proporción de la vana curiosidad de los viajeros. (Isis II, 403-405).

Dice Marco Polo al describir su paso por el desierto de Lop:

“Cuando los viajeros caminan durante la noche, oyen las voces de los espíritus que algunas veces les llaman con su propio nombre. También de día se oyen las voces de estos espíritus, y en ocasiones el son de instrumentos músicos y más frecuentemente el de tambores”.

El traductor de la obra aduce, en apoyo de este relato, el siguiente pasaje del historiador chino Matwanlin:

Al atravesar este desierto se oyen unas veces cantos y otras gemidos. Con frecuencia se han extraviado o del todo perdido los viajeros que por curiosidad quisieron saber de dónde salían las voces, que de cierto eran de espíritus y duendes”.

Añade Yule que estos duendes no son privativos del desierto de Gobi, y aunque parece que aquel es un lugar preferido, se congregan en otros desiertos al amparo del pavor que infunden las vastas soledades. (Isis II, 410-411).

...así el autor de la *Qabbalah* observa con muchas verdad que: Mucho antes de su tiempo (el de Ibn Gebirol)... muchos siglos antes de la era cristiana, había en el Asia Central una “Religión de la Sabiduría”, de la cual subsistieron después fragmentos entre los sabios de los egipcios arcaicos, entre los antiguos chinos, indos, etc... (Y que) la *Qabbalah* en su origen proviene, lo más seguramente, de fuentes arias, del Asia Central, Persia, India y Mesopotamia; pues de Ur y Haran vinieron Abraham y muchos otros a Palestina. (D.S. II, 128-139).

La tradición habla de una gruta, vasto subterráneo en los desiertos del Asia Central, en que penetra la luz a través de cuatro aberturas al parecer



naturales, o grietas que cruzan los cuatro puntos cardinales. Desde el mediodía hasta una hora antes de la puesta del sol, la luz pasa por ellas, de cuatro colores distintos, que según se dice, son el rojo, el azul, el naranja-dorado y el blanco, efecto de condiciones especiales de vegetación y suelo, bien sea natural o especialmente preparadas. La luz converge en el centro en derredor de un pilar de mármol blanco, con un globo sobre el mismo, que representa a nuestra tierra. Llámese la “gruta de Zaratushta”. (D.S. II, 280).

. . . Los anales fabulosos de China guardan memoria de que Nâgârjuna tuvo su doctrina por opuesta a la de Gautama el Buda hasta que las nagas le revelaron que era precisamente la misma doctrina enseñada en secreto por el propio Shâkyamuni; pero esta fábula es pura alegoría y alude a la reconciliación de budistas e induístas esotéricos, en un principio rivales. **Los hinduistas esotéricos, de quienes derivaron todas las demás sectas, se habían establecido más allá de los Himalayas muchísimos siglos antes de Shâkyamuni. De ellos fue discípulo Gautama, a quien le enseñaron las verdades de la Sungata, lo perecedero y transitorio de las cosas terrenas, los misterios del *prajña pârâmitâ* o conocimiento del que “atraviesa la corriente” y toma por fin el suelo firme del “Perfecto Ser” en las regiones de la única Realidad. Pero los arhates de Gautama no eran Gautama mismo. Algunos pecaron de ambiciosos, y reunidos en concilios modificaron las primitivas enseñanzas, por lo que la escuela matriz no quiso admitir a estos “heréticos” cuando las persecuciones empezaron a expulsar de la India al budismo; hasta que, por último, la mayor parte de estas escuelas se sometieron a la guía y gobierno de los principales *ashramas*, y la *Yogacharya de Aryasanga* se refundió en la primitiva Logia, donde desde tiempo inmemorial, yace oculta la postrera esperanza y luz del mundo, la salvación de la humanidad. Varios son los nombres dados a esta escuela primieval y a la tierra en que se asienta. Los orientalistas la designan con el mítico nombre de un fabuloso país; pero de esta tierra espera el hinduista a su Kalki Avatâra, el budista a su Maitreya, el parsi a su Sosiosh, el judío a su Mesías, y también esperaría el cristiano a su Cristo, si conociese esto.**

Allí, y solamente allí, impera el paranishpanna (*gunggrub*) o la absoluta comprensión del Ser y del No-Ser, la inmutable existencia real en espíritu, aunque éste aparentemente anime al cuerpo. Todos sus habitantes son un no-ego porque han llegado a ser un perfecto ego. Su vacuidad es “auto-existente y perfecta” (si los ojos profanos pudieran percibirla), porque se ha hecho absoluta; y lo ilusorio se ha transmutado en la incondicionada Realidad, después de desvanecidas en la nada las realidades de este nuestro mundo. La verdad absoluta (Dondam-pay-den-



pa. En sánscrito, paramârthasatya) venció a la realidad relativa (Kunza-bchi-den-pa. En sánscrito samvritisatya); y los habitantes de esta misteriosa región alcanzaron los estados de *svasamvedanâ* (la analizadora reflexión sobre uno mismo) y de *parâmartha* (absoluta conciencia del ego personal sumido en el impersonal), que trasciende a todo, y por lo tanto, a toda ilusión. Sus bodisatvas y budas “perfectos” llevan, en todos los idiomas budistas, nombres que denotan celestiales e inaccesibles seres, pero que nada significan para la obtusa percepción del profano europeo. Mas ¿qué les importa a quienes están en este mundo, y sin embargo viven mucho más allá de nuestra ilusoria tierra? Superior a ellos sólo hay una categoría de nirvanis: los dharmakayas (*chos-ku*), o nirvanis “sin residuos”, los puros y arúpicos Hábitos (Yerran los orientalistas al tomar literalmente las enseñanzas de la escuela mahâyâna acerca de las tres clase de cuerpo, conviene a saber: *prulpa-ku*, *longehod-dzocpaig* y *chosku*, que no corresponden, como de la letra parece inferirse, al estado nirvánico. Hay dos categoría de nirvana: El terrestre y el de los espíritus puramente desencarnados. Los tres “cuerpos” mencionados son tres envolturas, más o menos físicas, de que dispone el adepto en cuanto recorre los seis *pâramitâs* o “senderos” del buda. Al entrar en el séptimo ya no puede volver más a la tierra).

De aquí emergen de cuando en cuando los bodisatvas en su cuerpo *prul-pai-ku* (nirmanakaya), y con apariencia humana enseñan a los hombres. Hay encarnaciones voluntarias y conscientes, como las hay inconscientes. (D.S. VI, 82-84).

... Los budistas esotéricos de China mantienen rigurosamente para ellos solos una doctrina (Verdaderamente rechazan la vulgar teoría de la transmigración de las almas o entidades humanas *en* animales; pero no niegan que los hombres procedan evolutivamente *de* los animales, por lo menos en cuanto se relaciona con los principios inferiores) en que nada se dice de metempsicosis... ni de ninguna otra de las partes menos nobles del sistema budista....El paraíso occidental prometido a los adoradores de Amida Buda es.... Incompatible con la doctrina del nirvana (Por el contrario, es del todo compatible si se explica según la doctrina esotérica. El “paraíso o cielo occidental” no es una ficción localizada en excelsos espacios, sino un desierto lugar circuido de montañas. Está destinado a residencia de aquellos estudiantes de sabiduría esotérica (discípulos de Buda) que han alcanzado la categoría de lohanes y anagamines (adeptos). Se le llama “occidental” sencillamente por consideraciones geográficas. El “gran cinturón montañoso de hierro que rodea el avitchi y los siete lokas que circuyen el “paraíso occidental”, son representaciones muy exactas de localidades y cosas muy conocidas de los estudiantes orientales de ocultismo)... pues *promete la inmortalidad*, en vez de la aniquilación. La remota antigüedad de esta escuela está comprobada por la fecha de la traducción del *Amida Sûtra* transmitido por Kumârajiva; y además porque el *Ku-liang-sheu-Khing* data de la dinastía de Han. El radio de su influencia se echa de ver en la profunda adoración que tibetanos y mogoles tributan a este Buda, y en que el nombre de este apócrifo (¿) personaje es más popular en China que en el histórico Shâkyamuni. (D.S. VI, 98-99).



. . . Por lo tanto, a nadie se ha de confiar prematuramente el conocimiento. Apenas hay Chagpa-Thog-mad, y los mejores se han retirado al bendito Tushita (Chagpa-Thog-mad es el nombre tibetano de Aryâsanga, fundador de la escuela yogâcharya o maljorchodpa. Dícese que el mismo Maitreya Buda (el Buda que ha de ser de la sexta raza) enseñó “sabiduría al iniciado Aryâsanga en Tushita –región celeste presidida por Él, y de Él recibió los cinco libros de *Champaitehos-nga*. Sin embargo, la Doctrina Secreta enseña que Aryâsanga vino de Dejung o Shamballah, llamada la “fuente de la felicidad” (sabiduría adquirida), que algunos orientalistas diputan por “ciudad fabulosa”). (D.S. VI, 101-102).

... la lógica y racional virtualidad de esta prueba (la remota antigüedad del Código de Manú) nos mueve a afirmar que si Roma recibió la civilización de Grecia, y Grecia de Egipto, el Egipto a su vez, en los ignotos tiempos de Menes, recibió de la India pre-védica leyes, instituciones, artes y ciencias; y, por consiguiente, en la antigua iniciadora de los sacerdotes y adeptos de todos los demás países, hemos de buscar la clave de los misterios de la humanidad. Pero no nos referimos a la India contemporánea, sino a la India arcaica (en aquellos remotísimos tiempos se comprendían bajo la denominación de India, además del actual territorio indico, la Persia iránica, el Tibet, la Mongolia y Gran Tartaria. Dividíase entonces la India en superior, inferior, occidental y Pérsia iránica), la reconocida cuna del género humano, sobre la cual vamos a referir una curiosa leyenda.

Según tradición explicada en los anales del Gran Libro, mucho antes de los días de *Ad-am* y de su curiosa mujer *He-va*, allí donde hoy sólo se ven lagos salados y áridos desiertos, se dilataba por el Asia central un vasto mar interior hasta las estribaciones occidentales de la majestuosa cordillera de los Himalayas. En aquel mar había una isla de insuperable belleza, habitada por los últimos restos de la raza anterior a la nuestra, cuyos individuos podían vivir indistintamente en el agua, en el aire o en el fuego, porque ejercían ilimitado dominio sobre los elementos. Eran los “hijos de Dios”, pero no los que se prendaron de las “hijas de los hombres”, sino los verdaderos *Elohim*, aunque la *Kábala* oriental les de otro nombre. Ellos revelaron a los hombres los secretos de la Naturaleza y les comunicaron la palabra “inefable”, hoy día *perdida*. Esta palabra, que no es palabra, se difundió en otro tiempo por toda la redondez de la tierra, y todavía perdura como lejano y moribundo eco en el corazón de algunos hombres privilegiados. Los hierofantes de todos los colegios sacerdotales (había en la antigüedad muchos de estos colegios, de que hablan los autores de la época) conocían la existencia de esta isla, pero únicamente el *Java Aleim*, o presidente del colegio, conocía la palabra que, en el momento preciso de la muerte, comunicaba a su sucesor. (Isis II, 392-393).



. . . Los miembros de varias escuelas esotéricas, cuyo centro se halla más allá de los Himalayas y cuyas ramificaciones pueden encontrarse en China, Japón, la India, el Tibet y hasta en Siria, como también en la América del Sur, aseguran que tienen en su poder la *suma total* de todas las obras sagradas y filosóficas, tanto manuscritas como impresas, de hecho todas las obras que se han escrito, en cualesquiera lenguajes o caracteres, desde que comenzó el arte de la escritura, desde los jeroglíficos ideográficos, hasta el alfabeto de Cadmo y el Devanâgari.

Constantemente han afirmado que desde la destrucción de la Biblioteca de Alejandría, todas las obras que por su carácter hubieran podido conducir a los profanos al descubrimiento final y comprensión de algunos de los misterios de la Ciencia Secreta, han sido buscadas con diligencia, gracias a los esfuerzos combinados de los miembros de estas Fraternidades. Y añaden además aquellos que lo saben, que una vez encontradas todas estas obras fueron destruidas, salvo tres ejemplares de cada una que fueron guardados cuidadosamente. En la India, los últimos de estos inestimables manuscritos fueron guardados en un sitio oculto durante el reinado del Emperador Akbar.

. . . Además, en todas las grandes y cricas Lamaserías, existen criptas subterráneas y bibliotecas en cuevas excavadas en la roca, siempre que los Gonpa y Lhakhang se hallan situados en las montañas. Más allá del Tsaydam occidental, en los solitarios pasos de Kuen-lun, existen varios de estos sitios ocultos. A lo largo de las cumbres de Altyn-tag, cuyo suelo no ha llegado a pisar todavía planta alguna europea, existe una reducida aldea perdida en una garganta profunda. Es un pequeño grupo de casas, más bien que un monasterio, con un templo de miserable aspecto, y un Lama anciano, un ermitaño, que vive próximo a él para estar a su cuidado. Dicen los peregrinos que sus galerías y aposentos subterráneos contienen una colección de libros, cuyo número, según las cifras que se citan, es demasiado grande para poder colocarse ni aún en el Museo Británico.

Según la misma tradición, las regiones en la actualidad desoladas y áridas del Tarim (un verdadero desierto en el corazón del Turkestán), estaban cubiertas en la antigüedad de ciudades ricas y florecientes. Hoy apenas algunos verdes oasis rompen la monotonía de su terrible soledad. Uno de ellos, que alfombra el sepulcro de una enorme ciudad, enterrada en el suelo arenoso del desierto, no pertenece a nadie, pero es visitado con frecuencia por mongoles y budhistas. La tradición también habla de inmensos recintos subterráneos, de anchas galerías llenas de ladrillos y cilindros. Puede ser un rumor sin fundamento, y puede ser un hecho real. (D.S. I, 20-23).



Existen cuatro grados de iniciación mencionados en las obras exotéricas, los cuales son respectivamente conocidos en sánscrito como Srotapanna, Sakridagamin, Anagamin y Arhat; teniendo las mismas denominaciones, en esta nuestra Cuarta Ronda, los Cuatro Senderos que conducen al Nirvana. El Arhat, si bien puede contemplar el Pasado, el Presente y el Futuro, no es todavía el más alto Iniciado; pues el Adepto mismo, el candidato *iniciado*, se convierte en Chela (discípulo) de un Iniciado más elevado. Tres grados superiores más le quedan por conquistar al Arhat que quiera alcanzar la cúspide de la escala del Arhatado. Los hay que aun lo han alcanzado en esta nuestra Quinta Raza; pero las facultades necesarias para lograr estos grados más elevados, tan solo se encontraran plenamente desarrolladas en el tipo general del asceta, al final de esta Raza Raíz, y en las Sexta y Séptima. Así es que existirán siempre Iniciados y Profanos hasta el final de este Manvantara menor, el presente Ciclo de Vida. Los Arhats de la “Niebla de Fuego” los del séptimo peldaño se hallan tan solo a un paso de la Raíz Fundamental de su Jerarquía, la más elevada que existe en la Tierra y en nuestra Cadena Terrestre. Esta “Raíz Fundamental” tiene un nombre que puede ser traducido tan solo por medio de varias palabras: el “Baniano-Humano siempre Viviente”. Este “Ser Maravilloso” descendió de una “elevada región” –dicen– durante la primera porción de la Tercera Época, antes de la separación de sexos en la Tercera Raza.

A esta Tercera Raza se la llama algunas veces, colectivamente, los “Hijos del Yoga Pasivo”; o sea que fue producida inconscientemente por la segunda Raza, la cual, como era intelectualmente inactiva, se supone permanecía constantemente sumida en una especie de contemplación abstracta o vacía, como la que requieren las condiciones del estado Yoga. En el primer tiempo de la existencia de esta Tercera Raza, cuando se hallaba todavía en estado de pureza, los “Hijos de la Sabiduría”, que, como se verá, encarnaron en esta Tercera Raza, produjeron por Kriyashakti una generación llamada los “Hijos de Ad”, o “de la Niebla de Fuego”, los “Hijos de la Voluntad y del Yoga”, etc. Ellos eran un producto consciente; pues una porción de la Raza se hallaba animada ya con la chispa divina de una inteligencia espiritual y superior. Esta generación no era una Raza. Era al principio un Ser Maravilloso, llamado el “Iniciador”, y después de él un grupo de Seres semi-humanos, semi-divinos. “Elegidos” en la *génesis* arcaica con ciertos propósitos, se dice que en ellos encarnaron los más elevados Dhyanis –“Munis y Rishis de Manvantaras anteriores”–, *para formar el semillero de futuros Adeptos humanos*, en esta tierra y durante el Ciclo presente. Estos “Hijos de la Voluntad y del Yoga”, nacidos, por decirlo así, de un modo inmaculado, permanecieron, según se explica, aparte por completo del resto de la humanidad.



El “Ser” al cual se acaba de hacer referencia, y que tiene que permanecer innominado, es el *Árbol* del cual, en épocas subsiguientes, se han ramificado todos los grandes Sabios y Hierofantes *históricamente* conocidos, tales como el Rishi Kapila, Hermes, Enoch, Orfeo, etc., etc. Como *hombre* objetivo, él es el misterioso (para el profano, el siempre invisible, y sin embargo siempre presente). Personaje acerca del cual abundan las leyendas en Oriente, en especial entre los ocultistas y los estudiantes de la Ciencia Sagrada. Él es quien cambia de forma, y sin embargo, permanece siempre el mismo. Y él es, además, el que posee la autoridad espiritual sobre todos los Adeptos *iniciados* que en el mundo entero existen. Él es, como se ha dicho, el “Sin Nombre” que tantos nombres posee, y cuyo nombre y naturaleza son sin embargo desconocidos. El es el “Iniciador”, llamado la “GRAN VICTIMA”. Porque, sentado en los Umbrales de la Luz, la contempla desde el círculo de Tinieblas que no quiere cruzar; ni abandonara su puesto hasta el Día postrero de este Ciclo de Vida. ¿Flor que permanece el Solitario Vigilante en el puesto por el escogido? ¿Por qué permanece sentado junto a la Fuente de la Sabiduría Primordial, en la cual no bebe ya, puesto que nada tiene ya que aprender que no sepa, ni en esta tierra ni en sus Cielos? Porque los solitarios Peregrinos cuyos pies sangran de vuelta a su Hogar, jamás se hallan seguros, hasta el último momento, de no perder su camino en este desierto sin límites de la ilusión y de la materia, llamado la Vida Terrena. Porque quiere gustoso mostrar el camino hacia aquella región de libertad y de luz, de la cual es desterrado voluntario, a todos los prisioneros que han logrado libertarse de los lazos de la carne y de la ilusión. Porque, en una palabra, él se ha sacrificado por la humanidad aunque tan solo unos pocos elegidos podrán aprovecharse del GRAN SACRIFICIO.

Bajo la dirección silenciosa y directa de este MAHA-GURU, todos los demás Maestros e Instructores menos divinos de la humanidad, se convirtieron, desde el despertar primero de la conciencia humana, en los guías de la humanidad primitiva. Gracias a estos “Hijos de Dios”, aquella humanidad infantil obtuvo sus primeras nociones de todas las artes y ciencias, lo mismo que las del conocimiento espiritual; y Ellos fueron quienes colocaron las primeras piedras de los cimientos de aquellas civilizaciones que tan cruelmente confunden a nuestras generaciones modernas de escritores y de eruditos.

Quienes pongan en duda esta afirmación, que nos expliquen con fundamentos igualmente razonables el misterio del saber extraordinario poseído por los antiguos, que algunos pretenden se desenvolvieron de salvajes abyectos parecidos a animales, los “hombres de las cavernas” de la época paleolítica. Diríjanse por ejemplo a obras tales como las de Vitrubio Polio, de la época de



Augusto, sobre arquitectura, en la cual las reglas de proporción son las *enseñadas antiguamente en las Iniciaciones*, si quieren conocer el arte verdaderamente divino, y comprender *el profundo significado esotérico oculto en cada regla y ley de proporción*. Ningún hombre descendiente de un habitante de las cavernas paleolíticas hubiera podido desarrollar por sí solo una aun a través de milenios de evolución intelectual y pensante. Fueron los discípulos de aquellos Rishis y Devas encarnados de la Tercera Raza-Raíz, los que transmitieron su saber, de una generación a otra, a Egipto y a Grecia, con su *canon de proporción*, en la actualidad perdida; así como los discípulos de los Iniciados de la Cuarta, los atlantes, lo transmitieron a sus Ciclopes, los “Hijos de los Ciclos” o del “Infinito”, de quienes paso el nombre a las generaciones posteriores de sacerdotes gnósticos.

A causa de la divina perfección de aquellas proporciones arquitectónicas, podían los antiguos construir esas maravillas de todas las épocas subsiguientes, sus templos, pirámides, santuarios, subterráneos, cromlechs, cairns, altares, demostrando que poseían fuerzas y conocimiento en mecánica ante los cuales la ciencia moderna resulta juego de niños y a cuyas obras esta misma ciencia se refiere denominándolas “obras de gigantes con cien manos” (Kenealy, *Book of God*, pág. 118).

Los arquitectos modernos puede que no hayan descuidado por completo aquellas reglas, pero les han añadido lo suficiente en cuanto a innovaciones empíricas, para destruir aquellas proporciones justas. Vitrubio fue quien dio a la posteridad las reglas de construcción de los templos griegos erigidos a los dioses inmortales; y los diez libros de Marco Vitrubio Polio sobre arquitectura, de uno que en resumen *era un iniciado*, pueden ser tan solo estudiados esotéricamente. Los Círculos Druídicos, los Dólmenes, los Templos de la India, Egipto y Grecia; las Torres y las 127 ciudades que en Europa ha encontrado como de “origen ciclópeo” el Instituto francés, son todos obra de arquitectos sacerdotes iniciados, los descendientes de aquellos que en un principio fueron enseñados por los “Hijos de Dios”, y llamados con justicia los “Constructores”. He aquí la apreciación de la posteridad sobre estos descendientes:

No hacían uso de mortero ni de cemento ni de hierro, ni de acero para cortar las piedras; y, sin embargo, se hallan tan artificiosamente labradas, que en Muchos sitios se perciben muy difícilmente las juntas, a pesar de que muchas de las piedras, como en el Perú, tienen 38 pies de largo, 18 de ancho y seis de espesor, habiéndolas en los muros de la fortaleza de Cuzco todavía de mayor tamaño (Acosta, VI, 14).

Y también:



El pozo de Siena, construido hace 5.400 años, cuando aquel lugar se hallaba exactamente bajo el trópico, lo cual ha cesado ahora de suceder, estaba construido de tal modo, que al mediodía, en el momento preciso del solsticio, se veía todo el disco del Sol reflejado en su superficie; obra que la ciencia reunida de todos los astrónomos de Europa no sería capaz de llevar a efecto (Kenealy, *Ibíd.*).

A pesar de que estas materias se hallan meramente apuntadas en *Isis sin Velo*, no estará de más recordar al lector lo que se dice allí (I, 587-93) referente a cierta Isla Sagrada en el Asia Central, e indicarle para mayores detalles el capítulo referente a “Los Hijos de Dios y la Isla Sagrada”, agregado al volumen III, Estancia IX. Sin embargo, algunas explicaciones más, aun cuando se den en forma fragmentaria, pueden ayudar al estudiante a percibir una vislumbre del misterio presente.

Debemos por lo menos en claras palabras un detalle con referencia a estos misteriosos “Hijos de Dios”: de ellos, de estos Brahmaputras, es de quienes los elevados Dvijas, los brahmanes iniciados de la antigüedad, pretendían descender, al paso que el moderno brahman quisiera hacer creer literalmente a las castas inferiores que ellos (los brahmanes) han procedido directamente de la boca de Brahma. Esta es la enseñanza esotérica, la cual añade, además que si bien aquellos descendían (espiritualmente por supuesto) de los “Hijos de la Voluntad y del Yoga”, se dividieron con el tiempo en opuestos sexos, como hicieron después sus mismos progenitores creados por “Kriyashakti”; sin embargo, aun sus degenerados descendientes han conservado, hasta el día presente, veneración y respeto hacia la función procreadora, que todavía miran como una ceremonia religiosa, mientras que las naciones mas civilizadas la consideran como una función meramente animal. Compárense las opiniones y practicas occidentales acerca de estas materias, con las Instituciones de Manu, tocante a las leyes del Grihastha o vida matrimonial. El verdadero brahman es así, en realidad: “aquel cuyos siete antepasados han bebido el zumo de la planta de la Luna (Soma)” y es un “Trisuparna”, puesto que ha comprendido el secreto de los *Vedas*.

Y, hasta hoy día, tales brahmanes saben que estando dormida la inteligencia psíquica y física de esta Raza durante sus primeros tiempos, y no estando todavía desarrollada su conciencia, sus concepciones espirituales se hallaban por completo desligadas de todo cuanto físicamente la rodeaba; que el hombre *divino* habitaba en su forma animal, si bien humana al exterior; y que, si existía instinto en él, ninguna conciencia de sí mismo venia a iluminar las tinieblas del Quinto Principio latente. Cuando los Señores de la Sabiduría, impulsados por la ley de evolución, infundieron en él la chispa de la conciencia, el primer sentimiento que se despertó a la vida y a la actividad fue el de solidaridad, el de unidad con sus creadores



espirituales. Así como los sentimientos primeros del niño se dirigen a su madre y nodriza, del mismo modo las aspiraciones primeras de la conciencia al despertar en el hombre primitivo iban hacia aquellos cuyo elemento sentía dentro de sí mismo, y que permanecían todavía fuera e independientes de él. La *Devoción* brotó de aquel sentimiento y se convirtió en el móvil primero y principal de su naturaleza; pues es el único que es natural en su corazón, que es innato en él, y que encontramos lo mismo en el niño humano que en el pequeñuelo del animal. Este sentimiento de aspiración instintiva e irresistible en el hombre primitivo, lo describe Carlyle de un modo hermoso, podría decirse intuitivo:

El gran corazón antiguo, ¡cuán infantil en su sencillez, cuán varonil en su profundidad y solemnidad fervorosa! El cielo permanece sobre él dondequiera que vaya o este en la tierra; haciendo de toda la tierra un templo místico para sí y de todos los asuntos terrenos una especie de culto. Fulgores de criaturas resplandecientes brillan en la luz del sol; los ángeles todavía amparan, llevando mensajes de Dios entre los hombres.... La maravilla y el prodigio acompañan al hombre; vive en un elemento de milagro... (La que era natural a los ojos del hombre primitivo, se ha convertido única ahora en *milagro* para nosotros; y lo que era para él un milagro, jamás podría ser expresado en nuestro lenguaje) Una gran ley de deber, elevada como estos dos infinitos (el cielo y el infierno), empequeñeciendo, destruyendo todo lo demás —era una realidad y lo es; la vestidura es lo único que ha muerto; ¡la esencia vive, a través de los tiempos y de la eternidad entera!

Vive, es innegable, y se ha establecido con toda su potencia y energía indestructible en el corazón ario asiático, directamente de la Tercera Raza, por medio de sus primeros Hijos nacidos de la Mente, los frutos de Kriyashakti. A medida que los tiempos han transcurrido, la raza santa de los Iniciados ha producido, aunque sólo muy rara vez y de época en época, semejantes criaturas perfectas; seres aparte, interiormente; si bien, en su exterior, son lo mismo que quienes los han producido. (D.S. I, 371-378).